



F1233

.Z45

c.1

62670

321.

H



1080028685

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PROYECTOS DE MONARQUIA EN MEXICO.

EN PRENSA

SUEÑO DE IMPERIO

La verdad de la expedición á México, según documentos inéditos
de Ernesto Louet,
Pagador en jefe del Cuerpo Expedicionario

FOR

PAUL GAULOT

TRADUCCION Y PROLOGO
DEL LIC.

ENRIQUE MARTINEZ SOBRAL

C. de la Real Academia Española

El 4 de Octubre de 1861 en Miramar.—El archiduque Fernando Maximiliano.—Misión secreta del conde de Rechberg.—Gutiérrez de Estrada.—Francia no quiere nada para ella.—Sueños de España.—La *entente* de las tres potencias.—*Desiderata* de los refugiados mexicanos.—La noche de Noel.—Promesa formal del Archiduque.—En las Tullerías.—El Emperador.—La Emperatriz.—México.—Revolución y pronunciamientos.—Santa Anna.—Alvarez.—Juárez.—Miramón.—Los extranjeros en México.—Ocupación de Veracruz.—Entrada en México de Almonte, Miramón, Haro y Tamaris y el Padre Miranda.—Ruptura de la triple alianza.—El gobierno de Juárez.—Pronunciamiento de Almonte.—El 5 de Mayo en Puebla.—El general Zaragoza.—Disgusto entre Lorencez y Saligny.—Forey.—Entrada de los franceses.—Juárez sale de México.—Triunvirato: Almonte, Labastida y Salas.—Vida de Maximiliano.—Sus viajes.—La Comisión Mexicana en Miramar.—La canción *¿Partirá? ¿No partirá?*—Porfirio Díaz en Oaxaca.—Maximiliano acepta la corona imperial, etc., etc.

Ejemplar, rústica.....\$ 1.50

PARA PEDIDOS:

ANGEL POLA

MEXICO, CALLE DE TACUBA, NUMERO 25.

PROYECTOS DE MONARQUIA EN MEXICO

FOR

JOSE MARIA HIDALGO

DE LA COMISION
IMPERIAL MEXICANA EN MIRAMAR Y EXMINISTRO DE MEXICO
EN VARIAS CORTES DE EUROPA

PROLOGO

DE

ANGEL POLA Y BENJAMIN DE GYVES



MÉXICO

F. Vázquez, editor. Calle de Tacuba núm. 25

1904

00101
ANGEL POLA Y BENJAMIN DE GYVES

T
321.6
H
F 1233
H. 245

Asegurada la propiedad de esta obra conforme
á la ley.



FONDO
SALVADOR TOSCANO

DE IGUALA A MIRAMAR

ITURBIDE Y MAXIMILIANO

Un notable mexicano, don José María Hidalgo, que perteneció en cuerpo y alma al muerto partido del Segundo Imperio, ha dejado en este libro claras y precisas informaciones acerca de los asuntos políticos en que tuvo directa participación y que son de incontestable interés para la historia de la transformación económica y política de la nación.

En Hidalgo era ingénita la adhesión á la forma de gobierno monárquico, adhesión altamente refinada desde su niñez en el hogar; pues descendía del coronel español don Francisco Manuel Hidalgo que recibió el juramento del ejército imperial, como consecuencia del plan de Iguala, el cual consistía en observar la religión católica, apostólica y romana, sostener la independencia del imperio, conservar la unión entre europeos y americanos y obedecer al rey Fernando VII.

Hijo de un guerrero y una santa, como él mismo dice, fué preparado para la carrera de las armas y nutrido de profundísimo respeto á la religión católica. En lo primero demostró sus aptitudes defendiendo á la patria contra la invasión norteamericana, herido y prisionero en las inolvidables batallas de Padierna y Churubusco; en lo segundo, por su amor á las barátijas benditas y su trato frecuente con las eminencias de la Iglesia, sin excluir á su venerado padre espiritual Pío IX.

Muy joven todavía dejó la carrera de las armas por la de la diplomacia, que era su verdadera vocación. Este es un nuevo aspecto de su vida bajo el cual le veremos constantemente trabajar por el triunfo de su causa: que era la realización del plan de Iguala, el más amplio programa de gobierno lanzado á la nación mexicana para continuar el pasado colonial, y el más obstinado y sangrientamente sostenido.

Entró en las cortes de Europa á mediados del siglo pasado, revestido de carácter diplomático, y desde el primer día de su presentación, no obstante sus pocos años, procuró siempre aparecer sereno, afable, correcto en el hablar y en el vestir en modo tal que en sus cuarenta años de cortesanía, jamás llegó á estropear la elegancia del porte ni las exigencias de la etiqueta. De presencia distinguida, insinuante, de costumbres de mundano excelente y de vida privada irprochable, tuvo su natural lugar en el corazón de la más alta nobleza; y de voluntad tan firme, que pudo exclamar antes de tramontar la vida:

—Desde mi juventud me propuse no tocar ni una carta de juego, ni decir malas palabras, ni embriagarme, y he llegado á la edad que tengo * sin haber quebrantado estos propósitos, como si el juramento que hice sobre mi cabeza lo hubiese hecho sobre el Evangelio.

Este haz de maravillosas cualidades personales le llevaron desde los estudios de los artistas, donde tropezó con el fogoso y célebre revolucionario Silvio Pellico, hasta las villas de la nobleza y los palacios reales. Fué amigo de Monseñor Antonelli y, durante veintiseis años, de Su Santidad Pío IX, de quienes recibió constantemente inequívocas muestras de cariño y estimación. Ha sido el único mexicano que sin antesala visitaba al cardenal Antonelli y pasaba sin previa cita á presentar sus humildes respetos á Su Santidad, quien no le permitía besarle los pies, sino la mano, mandándole sentar á su presencia. Tuvo la dicha inefable de limpiar su conciencia á los oídos santos del sucesor de San Pedro y de recibir en más de una ocasión, después de ser absuelto, las confidencias de la vida angustiosa y difícil del Infalible.

Refiriéndose á uno de estos goces, dice el señor Hidalgo: "Me habló de Soberanos, de Soberanas, de Pretendientes á los tronos, de hombres políticos, de la situación presente, como una persona que no desconfía y que siente un deseo de explayarse con quien no ha de repetir lo que le confieses yo allí no era nadie, ni representaba á nadie. Los que han tenido la honra de ser recibidos por Pío IX saben cuanto era su facilidad de locución, el encanto de su voz, lo acer-

* Era septuagenario.

tado de sus reflexiones y aquella inocente ironía y gracia con que las hacía.”

Otra vez, recordando el Papa al arzobispo Labastida y de que era su intención revestirle con la Púrpura, pero que lo aplazaba por razones que no podía revelar, habló así á Hidalgo: “Los siglos pasarán, y aun cuando continúen los ataques á la Iglesia, siempre se verá aquí un hombre vestido de blanco, el Vicario de Jesucristo.”

Cuando el conde de Spaur, ministro de Baviera, sacó secretamente del Vaticano á Pío IX y le condujo á la fortaleza de Gaeta, don José María Hidalgo, como agregado á la legación de México, vivió la misma vida que los representantes de las demás naciones, cerca de Mola di Gaita, donde fué asesinado el inmortal maestro de la palabra latina.

Cada vez que el Papa-Rey, en sus paseos ó sus audiencias llegaba á hablar con el señor Hidalgo, le repetía su cariñosa frase:

—*Ecco il mio compagno di Gaeta.*

La fortuna no sólomente sonrió al autor de este libro en sus relaciones mundanas con las cabezas de la Iglesia, sino que la bendición apostólica extendióse hasta su tercera generación. ¡Qué placidez de conciencia para un buen católico después de tal acto, que garantizaba su inmunidad contra el pecado!

La estimación de Pío IX por don José María Hidalgo pasó de los límites normales de la etiqueta pontificia y llegó á la del verdadero pastor á su oveja, llevando su protección

sobre él hasta la más remota distancia y la más prolongada ausencia.

Antes de partir á Londres, removido en su puesto diplomático, creyó su primer deber acercarse á su gran padre espiritual, tanto para despedirse de él, como para pedirle sus consejos. Esta audiencia fué conmovedora y útil para el agraciado. Pío IX elevó su corazón de creyente exhortándole en esta forma:

—Váis á un país protestante, yo sé bien cuáles son vuestros principios religiosos y veneración por la Santa Sede como la adhesión á mi Persona; sósis aún joven y necesitáis fortificaros en las doctrinas religiosas; haced una visita de mi parte al Arzobispo Grant, y yo haré que se escriba al cardenal Wiseman, id á verle y que os busque un confesor.

Apenas terminó esta exhortación, cayó de rodillas el humilde y por su faz unciosa rodaron abundantes lágrimas, mientras el Papa, poniéndole la mano izquierda sobre la cabeza, le bendecía con la diestra. En seguida levantóse el Santo Padre y fué á tomar un camafeo que representaba á San Pablo, de escaso valor intrínseco, según afirma el favorito, pero que lo tenía inapreciable para él como recuerdo recibido del prisionero del Vaticano.

En Londres, en las recepciones de la corte, conoció á la reina Victoria en el esplendor de su juventud y su belleza, y al príncipe Alberto, que no era declarado aún príncipe consorte; y fué pronto persona grata, como lo había sido en Roma.

Este hombre extraordinario, de aspectos tan variados, pe-

ro siempre correcto, cultivó la amistad de los emperadores de Francia; del rey don Pedro de Portugal, á cuya coronación asistió; de Luis I de Baviera, con quien platicaba familiarmente en castellano; de Isabel II, una de sus confidentes; de Maximiliano II, á quien hizo *vis á vis* en un rigodón bailado en el palacio de la condesa Spaur, teniendo por pareja á la princesa Carlota Bonaparte, la que, prendada de su discreta galantería, le reveló este secreto:

—Mi primo Luis Napoleón se casa con una española, la señorita Montijo.

Y como gran mundano, educado en el refinamiento de la sociedad romana, fué necesariamente artista: conoció por el noble y erudito Chigi la historia de todos los monumentos de Roma, desde el mármol mejor labrado hasta la historia del último cascajo, como él dice donosamente; fué amigo del ilustre duque de Rivas, de cuyos labios oyó lo que en aquellos tiempos debía saberse en materia de literatura y en cuya mesa le esperaba siempre un cubierto; de Martínez de la Rosa, su compañero de juventud; de Campoamor, cuyas doloras y humoradas recitaba con entusiasmo; de don Juan Valeza, que abrió con un cariñoso prólogo su novela titulada *La Sed de Oro*; de Gorostiza, su antiguo jefe; de Prospero Merimée y otros.

El señor Hidalgo escribió, á más de la citada, las novelas *Las dos Condesas*, *Las Víctimas del chic* y *Al Cielo por el sufrimiento*, en la cual se lee entre líneas que el protagonista es él.

Fué uno de los primeros huéspedes mexicanos del casti-

llo de Miramar y de los tentadores del Hapsburgo para la corona imperial de México.

Este es el hombre á quien presentamos redivivo en el libro á que preceden estas líneas, después de un olvido de más de treinta años.

Filiado al partido monárquico, cuyo jefe decano fué don José María Gutiérrez Estrada, empleó todas sus energías intelectuales, físicas y morales, en la realización de sus aspiraciones.

Crejó, sin duda de buena fe, en la eficacia del plan de Iguala para el bienestar de la Nación; mas como otros ilusos y traidores, provocó desastradamente la más grave perturbación del progreso patrio.

Sabido es de todo mundo la naturaleza del régimen colonial bajo el cual vivió el país durante mucho tiempo, su rudeza, sus cantos de sirena, y su odiosa y maldita distinción de razas que tanto han influido en nuestras vernáculas guerras. El español despreciando al criollo ó mutilando sus derechos, y uno y otro pesando su mano dura sobre el indio y el mestizo, despertaban en la conciencia de todos los de abajo el aborrecimiento á todos los de arriba; y unidos criollos, indios y mestizos por el sufrimiento y el anhelo de libertad, aunaron sus esfuerzos para romper los viejos y obscuros procedimientos de gobierno.

La consecuencia de este estado anormal fué el grito de Dolores, que al conmover al corazón nacional, fortificó en su cerebro el pensamiento de emancipación.

Poco antes de que fructificase el hermoso ideal del cura

Hidalgo, en 24 de febrero de 1821, don Agustín de Iturbide, "libertador, á quien la nación no quiso aceptar por rey," según solemne afirmación de Juárez, expidió el plan de Iguala, que por lo que respecta á la parte relativa del presunto libro, contenía ya los gérmenes de las luchas fratricidas que siguieron á nuestra separación de España. El principal de esos gérmenes fué el artículo 3º, que establecía que el gobierno nacional debía ser una monarquía moderada. La idea monárquica predominaba en aquellos tiempos en las clases directoras; por lo que tenía que ludir con los sentimientos del pueblo, que eran democráticos. Entre esta oposición de intereses políticos; en esta guerra á muerte de clases, la nación vivió desgarrada, ya bajo el cetro del vano Primer Imperio, ya bajo una constitución republicana en que se sucedieron los presidentes, en su mayoría usurpadores, que duraron en el poder lo que *las verduras de las heras*, ya bajo el puño estúpida y burdo de una Alteza Serenísima, que se descomponía en cualquiera aventurilla galante con ramerías norteamericanas ó en audiencias privadas en el baluarte de la presidencia en Palacio, con familias de ciertos inverecundos burócratas, ó por un incidente adverso en una lidia de gallos.

Esta prolongada inestabilidad, en que la peor parte tocaba al partido colonial, sin embargo de estar sostenido y dirigido por el Clero, ese perverso monstruo, acaparador y amortizador de bienes nacionales, desconfiando de su poder, desempolvó el artículo 4º del plan de Iguala, que auto-

rizaba el ofrecimiento de la corona imperial de México á cualquier individuo de Casa reinante.

Su procedimiento fué una serie de insinuaciones á los representantes de las potencias europeas, ya por sí mismas bien preparadas, por pretextos más ó menos legales, para intervenir en nuestros asuntos interiores.

Su propósito se logró del todo: franceses, ingleses y españoles enviaron fuerzas á México. Los primeros permanecieron en la República; los otros se retiraron: ruidoso triunfo del partido republicano, debido á la perspicacia del general Prim y á la notoria habilidad de don Manuel Doblado.

Las naves de Francia, al salir de puerto para América, ya traían la Monarquía en sus pliegos secretos de instrucciones, como efecto de las intrigas de los emigrados mexicanos y de las desapoderadas ambiciones de la condesa de Montijo, amiga íntima y confidente del autor de este libro.

Una comisión mexicana ofreció la corona imperial de México al Archiduque Fernando Maximiliano de Austria, quien la aceptó, agujoneado por el afán de mayores grandezas de la princesa Carlota y mediante el fraudulento supuesto del consentimiento nacional, con la venia de Luis Napoleón y la bendición de Mastai-Ferretti.

Después de mi conocidos azares, la República, justiciera en Juárez, escribió en el cerro de las Campanas, con la sangre de un carlovingio, el *finis vite* del pasado colonial y del partido monárquico, "hecho que excede en su grandeza y su horror Shakespearianos á todos los dramas españoles."